

El Abate de Mendoza (1893/1967)

El lunes 10 de abril del presente año, falleció en la Ciudad de México José María González de Mendoza, el Abate de Mendoza. Si nos atenemos a los deberes puramente necrológicos, conviene recordar que el Abate, crítico e investigador literario, crítico de artes plásticas, académico de la Lengua, había nacido hace 74 años en Sevilla y desde muy joven había radicado en México, país cuya nacionalidad adoptó y en cuyo Servicio Exterior sirvió espléndidamente durante largo tiempo. En los últimos años el Abate de Mendoza dirigía en el Centro de Estudios Literarios la publicación de las obras completas de José Juan Tablada y continuaba en la práctica de un ejemplar periodismo literario.

La ficha, por supuesto, es insuficiente. No contiene la generosidad de trato y pensamiento del Abate, ni manifiesta hasta qué punto su vida era la cordial expresión de un amor desinteresado y lúcido por la literatura mexicana, ni evoca al lector infatigable de todo lo nuevo, al apto cuidador de nuestra tradición artística, al hombre ocupado en (y preocupado por) ayudar. Además, la ficha no nos conduce al examen de la admirable lección del Abate de Mendoza, la perdurable lección de su conducta.

Porque gran parte del mérito esencial del Abate radica en el cumplimiento inteligente de su vo-

vocación, la vocación integral de hombre de letras. En un momento en que la publicidad, la televisión, el cine, la lucha por los mercados editoriales, la especialización nefasta amenazan entre nosotros la existencia misma del hombre de letras, la obra del Abate de Mendoza (como la obra de Reyes, como la obra de Torri) nos viene a confirmar su necesidad y su urgencia; nos demuestra hasta qué punto nos hace falta ese sentimiento espontáneo de comunidad literaria, ese sentido ordenador de la tradición, ese ejercicio de las letras como afán de vincular, de aclarar, de poner en contacto los extremos. Mucho de la pobreza de nuestra vida literaria se debe a la ausencia de visiones amplias, panorámicas, que conciban la profesión de escritor como una totalidad y que procuren agregar y no limitar, integrar y no separar. Tal fue la lección del Abate de Mendoza: mostrarnos la importancia vital de la actitud que no divide novedad y tradición, y que considera de un modo orgánico la historia literaria.

Esa actitud hace posible que un hombre no muera con su mundo. El mundo del Abate de Mendoza, ese mundo de los Dones (Don Artemio de Valle Arizpe, Don Julio Jiménez Rueda, Don Luis González Obregón, Don Alfonso Reyes, Don Julio Torri, Don Carlos González Peña) ese universo de bibliotecas y pacien-

tes excavaciones en la bodega de los Porrúa y búsqueda de datos y cortesía extrema y pasión cultural y caballerosidad, ese mundo ordenado, cuidadosamente dispuesto, perfecto en su noción de cultivo de las letras, incapaz de crítica directa pero siempre dispuesto a señalar nuestros deberes, ese mundo donde florecieron la novela colonial y la reconstrucción de una historia gentil y los versos de ocasión, ese mundo que careció del tuteo y abundó en el respeto y que hoy es sólo un nostálgico capítulo de nuestra memoria, no es el destino final del Abate, como no ha sido el destino final de muchos de sus integrantes. Ellos —su obra y su ejemplo— han sobrevivido a la trampa señalada en la frase: “morir con una época”. Voluntariamente, prefirieron entender el desarrollo cabal de una literatura, y rehusaron el fácil papel de representantes exclusivos de su momento. El Abate de Mendoza procuró siempre captar lo que pasaba a su alrededor, y a su vez, nos entregó su sabiduría y su instinto vivificador del pasado. Su muerte nos empobrece de un modo seguro. Su ejemplo pone a nuestra disposición un enorme legado espiritual que no solicita la imitación sino la voluntad de síntesis y el deseo de servir.

Carlos Monsiváis